

Prof. Luís Sáez Rueda
Reflexión sobre el cambio que acontece en la modernidad
Respecto al problema de la «identidad personal» y los problemas
«psicológico-existenciales» que dicho cambio lleva consigo

[Extraído de Sáez Rueda, L., *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*,
Madrid, Trotta, 2009, pp. 54-56.

«(...) problemática de la identidad. En la mayor parte de las culturas precedentes existía un marco referencial de valores y una visión de la realidad que conformaban un *cosmos*, es decir, un orden *objetivo*, aglomerado orgánicamente y centrado. Su estabilidad y firmeza ofrecía un puesto a cada ser. Durante muchos siglos en Occidente, en el medioevo, todo se fund a y acoplaba en un *macro-lugar*. Del mismo modo que en la física, heredada del corpus aristotélico, se pensaba que una piedra desciende al suelo o el humo asciende hacia el cielo porque *aspiran* así a situarse en su *lugar natural*, en la vida social se era rey, señor o vasallo no accidentalmente. Cierta conjunto de factores que escapan al arbitrio subjetivo y a las voluntades colectivas los habían colocado en el puesto que ocupan porque les correspondían *de suyo*. Este orden asignaba un *lugar* determinado al individuo que reclamaba de él fuertes expectativas de comportamiento. Se *es* príncipe o guerrero, por ejemplo, con la convicción de que se sirve a una causa incontrovertible que arraiga en la arquitectónica de la realidad en cuanto tal. En tales circunstancias, poseer una identidad implicaba estar investido de un estilo que ya está configurado y responder a sus demandas. Por eso, fracasar en esa responsabilidad significaba la condena, el exilio o el oprobio¹. Para el hombre moderno, por el contrario, ya no hay propiamente *cosmos* sino *mundo*. El mundo no precede al sujeto; más bien es, en buena medida, su proyección, su obra. Decimos que hay muchos «mundos culturales», que existe el «mundo público» como algo diferente al «mundo privado» o que «cada hombre es un mundo». Expresarse de esta manera no responde exclusivamente a los avatares del lenguaje, sino a la profunda *revolución copernicana* que conmovió las bases de Europa en el Renacimiento y que en filosofía tiene por mentores fundamentales a Descartes y Kant. Pues bien, en tales circunstancias, no hay un lugar determinado que se le ofrezca de antemano al sujeto. Ha de *hacerlo*. Su identidad se juega en ese *hacerse un lugar*. Y por eso, el fracaso de la identidad ha adoptado hoy para el individuo un carácter muy diferente. Puesto que lo que el

¹ V. Taylor, Ch., *Fuentes del yo*, Barcelona, Paidós, 1996 [1989], pp. 28-33.

individuo *es* consiste en su propio *hacer por ser* y su mundo es el que conquista, si fracasa no lo hace respecto a un marco objetivo *previo*. Lo que fracasa en él es el mundo mismo, que se le *viene abajo*. Esto implica que el hombre es siempre *en-el-mundo*, que en esa *inmersión* inexorable su ser es el de *hacer por ser* mismo y que en esa tarea *se juega su ser*. Pero implica también, que es *excéntrico* respecto a cualquier mundo determinado y que, en semejante erraticidad, está siempre *ex-puesto* en el mundo. Una *angustia* nueva lo acecha: el *horror vacui*, la experiencia de que, si no logra hacerse a sí mismo forjándose un *mundo*, no se desvía simplemente de un canon, sino que *pierde su ser* y le acosa la *nada*.

El espíritu errático constituye al hombre de raíz. Que, por ello, se exponga al hundimiento en el vacío, es el precio que paga por el más alto de los dones: el de ser su propio hacedor. Lo consiga o no, tiene por horizonte esa *potestas sui* capaz de convertirlo, como decía Séneca, en un «espíritu libre y erguido», «situado fuera del alcance del miedo»². Al bogar errante corre el riesgo de sumergirse en un mar sin fondo, pero también, y sólo por eso, le es posible alcanzar aquella noble *Heiterkeit* que deseó Nietzsche al fuerte, muy diferente del gazmoño júbilo acomodado: la jovialidad, la alegría serena de quien se mantiene a flote, no varado en el muelle y contemplando, sino sobre las aguas de la tormenta. Ahora bien, en la sociedad estacionaria el espíritu errático tiende a ser amordazado. No por un orden estamental o un absolutismo rígido, sino por la impresionante flexibilidad de la jaula de acero y del anillo de hierro al que ya se ha dedicado un escueto análisis. A la luz de las últimas reflexiones se podría añadir que, en el seno de esa sociedad, el hombre se ve requerido por estamentos y tiranías de una nueva y distinta índole. Ya no adoptan la forma, como en muchas culturas premodernas, de un *cosmos orgánico*, ordenado, fijo y amparado en una concepción metafísica que le otorga un lugar como si le conviniese *por naturaleza*. Pero sí un orden construido que parece haber trascendido la capacidad de intervención humana y que gobierna, como un espectral *cosmos maquínico*, esa *segunda naturaleza* que es el mundo social y cultural. Se le ha llamado de diversos modos: el orden de la racionalidad instrumental (Escuela de Francfort), el del capital (marxismo) o el de la técnica (Heidegger). En cualquier caso, se trata de un orden móvil y rotatorio que impone, invisible, un lugar al ser humano en el seno del movimiento.

² Séneca, *Diálogos*, Madrid, Gredos, 2000, p. 271 (V. pp. 270-275).

Lo curioso es que la imposición de dicho lugar no se produce por medio de prohibiciones y limitaciones ostensibles, sino a través de la creación de caminos y singladuras por las que la conducta *puede y ha de* discurrir. Nunca como en el nuevo capitalismo, por ejemplo, se le había dado tanta autonomía al que trabaja. Cada filial dentro de una multinacional actúa como un sujeto que ha de tomar sus propias decisiones. Cada trabajador se ve cada vez más solicitado a autoorganizarse en el cumplimiento de su tarea. Lo mismo ocurre en el trabajo dentro de la esfera pública. Cualquier átomo del sistema (sección educativa o departamento universitario, módulo de sanidad, ayuntamientos, etc., todos ellos, a su vez con ramificaciones diversas en comisiones) recibe aceleradamente prerrogativas propias, posibilidades de acción que tiene que determinar desde sí. Sin embargo, la libertad que ahí se le ofrece es ficticia. Y *ficticia*: libertad confeccionada a medida del progreso técnico, productivo y administrativo. Si se hace a sí mismo, es a condición de seguir la estela de las demandas que ese oscuro soberano reclama. De esta manera, se está produciendo una *desrealización* del hombre por medio, paradójicamente, de su *realización*. De ahí que la inquietud productiva de su condición errática esté siendo sustituida por una desazón fantasmal. ¿Quién no se ha dicho a sí mismo o bien escuchado en otro algo equivalente a «no lo entiendo. Todo me *funciona* y no tengo ganas de *nada*» o «todo *marcha* y, sin embargo, estoy parado»? Sí, no le pasa nada, porque la nada misma está con él. El desorbitante crecimiento de los trastornos depresivos³ en las sociedades precisamente más *avanzadas*, trastornos que se cobran un oneroso tributo del propio sistema funcional y productivo, no puede ser casual. Y no es extraño, si conducimos la vida de un modo cada vez más parecido al de una empresa⁴. O mejor: si nos la dejamos

³ Según la Organización Mundial de la Salud, ya en su 55ª Asamblea del 2002, la depresión es la principal causa actual de discapacidad. Más de 120 millones de personas la sufren. Según las expectativas, una de cada cinco llegará a desarrollar un cuadro depresivo en su vida. En Europa un 14% de la población, junto a un 16% que padecerá trastornos graves de ansiedad. Cada año se suicidan 800.000 personas. En España es un problema de salud pública y afecta a poco menos porcentaje de población que en otros países de nuestro entorno, como Alemania (10%), el Reino Unido e Irlanda (17% y 12% respectivamente) o Francia (18%). En Estados Unidos estos trastornos afectan aproximadamente a 19 millones de adultos. Los costes anuales que allí suponen estas enfermedades absorben el 2,5% del producto nacional bruto (es decir, 148.000 millones de dólares). Mesas redondas Ministeriales en la OMS elaboran con ahínco un programa quinquenal de apoyo a los Estados Miembros encaminado a mejorar su capacidad para reducir la *carga* que suponen los trastornos mentales y promover la salud mental. ¿Se exagera? ¿Se trata sólo de problemas siempre presentes a los que hoy se les presta más atención? Muchos informes, como el del equipo de Michelle E. Kruijshaar (Boletín OMS, 83, 6, junio-2005, pp. 443-448) comprueban, con asombro, que no se ha sobreestimado y que, incluso, muchas comunidades ocultan cifras considerándolas índice de casos leves.

⁴ La afirmación posee su propio sentido. Pero no deja de ser significativo que sea confirmada por eventos más allá del discurso filosófico. Hace unos años, el Foro Económico Mundial de Davos, en una sesión

conducir de esa manera. Cuando el deseo y el propósito no se inician en nosotros, nos abruma esta conversión de la errancia en vagabundeo militante, en ir de un lado a otro sirviendo, sin embargo, a un taimado señor que carece de nombre. En el fondo del deprimido algún ojo se ha percatado de esto, de que la corriente por la que le suceden tantas cosas es un sucedáneo. Multitud de sucesos le advienen y ya no *acontece* nada en él. Entonces empieza a experimentar una falta de deseo, un deseo de desear, y quiere una vida nueva, es decir, comenzar, dar principio, iniciarse»

titulada «Yo, S.A.», contando con personalidades como Jacques Attali o el Nobel de la Paz Elie Wiesel, dictaminaba que cada uno lleva ahora su vida como una empresa, dándole una dimensión económica a todos sus actos y gestionando el quehacer propio como si fuese una cartera de valores (*El País*, 24-01-2004).